

ID: AP042

Título: Sin título en la columna Espigas rojas

Autor: Ramón Acín

Fecha: Enero 1920

Origen: Floreal, Huesca



Estamos en los días críticos en que una caridad cruel y cínica, acogota a la Justicia despiadadamente.

A todos los hogares de los miseriosos, de los que no comen o comen bazofia durante el año, llegan estos días llevados nada menos que por señoronas o por arte de *birli birloque* ("Que no sepa tu mano izquierda lo que da la derecha") ricos presentes. Turrone, buenos vinos, hasta carne... Hay que insultar a los pobres el día del nacimiento del Ex redentor haciéndoles comer un sólo día lo que los ricos comen todo el año.

"Arregle una cestita bien surtida, no escatime nada... es para una familia muy pobre... no es cosa se tengan que acostar sin cenar la noche del nacimiento del Niño Dios..."

Sí, y las trescientas y pico noches que siguen a la del nacimiento del Ex redentor ¡que los parta un rayo!

*

A fines de Enero, cuando se hayan gastado los zapatitos de cartón y los caballitos de cartón también que los Magos pusieron para los niños pobres en los balcones de las señoras ricas; cuando en las boquitas de los pequeñuelos quede el recuerdo tan sólo de las golosinas regaladas por las señoritangas en las fiestas de caridad; a fines de Enero, los niñitos pobres, débiles y frioleros como pájaros, con caritas de listos porque el hambre hasta que mata hace el regalo de la sabiduría, contemplando los escaparates de confituras y los escaparates de bazar, dirán:

“No más faltan once meses ya. Los pies irán calientes con zapatos de color de carne -los pobres aprenden en la Nochebuena el color de la carne- y diez días seguidos guardará mi boquita el dulzor del mazapán”

¿Qué decís, que decís? ¿Que cada día hay menos miseria? Cierto, señores, señorones y señoronas y señoritas señoritangas, cada día hay menos miseria porque se acerca la Justicia acogotando caritativos sin caridad. Cada día hay menos miseria porque todos los días queremos celebrar comiendo y trabajando y cantando el nacimiento del Sol; Redentor nuestro. Pan nuestro de cada día...

*

En vida de mi abuela Rita que era de Loarre, algunos ancianitos asilados, paisanos suyos, venían de quince en quince días -los ancianitos asilados sufren quincena tras quincena como los carteristas reincidentes-; de quince en quince días, decía, los ancianitos asilados paisanos de mi abuela Rita, venían a quitarse unos años con el recuerdo de los tiempos mozos y a alegrarse las penas de la vejez con unos chupitos de vino claro.

Un día mi abuela, muchos muchos años hace y parece que fue ayer, preguntó a uno de sus paisanos, como ella ochentón, sordo y rugoso.

—¿Y qué tal, qué tal coméis?

—Mira Rita. A los que estamos acostumbrados a comer mal, no se nos hace hoy cuesta arriba...

Yo era muy chico muy chico, pero se adentraron esas palabras en mis oídos, que siempre las llevo como un sonsoneo...



Todos los ancianitos de que os hablo han muerto. A mi abuelita le faltaban tan sólo dos años para los noventa; a los otros, si los vemos en junto les sobraba unos cuantos del medio millar. Hace muchos años, muchos años, pero yo abría mucho los ojos cuando llegaba la caravana de ancianitos y parece que los veo curvos, rugosos, arrastrando los pies, y con el insulto sobre sus espaldas y sus cabezas de unos chaqués y unos sombreros pasados de moda que las monjitas les pusieron con santa ingenuidad — ¡Santa simplicitas!— regalos de usureros que quieren comprar el cielo a Dios con el donativo de cuatro pingos.

*

Ya habréis leído el artículo del camarada Chueca *“La Sociedad Herodes”*. El infanticidio brusco; el infanticidio a lo griego, tirando un pequeñuelo de lo alto de una roca; el infanticidio violento, el infanticidio apretando la garganta de un niño, débil como la de un pichón, no debe castigarlos tan duramente una sociedad que deja impune el infanticidio lento por falta de higiene, de alegría, de amor, a vistas de inspecciones de sanidad y juntas de protección y discípulos y discípulas del maestro del *“Dejad que los niños se acerquen a mí”*.

¿Es que no os salta el corazón cuando leéis que en las inclusas y en los asilos muere el sesenta por ciento de los niños asilados y de los niños incluseros? ¿Es que el corazón no os dice que hay que pensar en algo más justo y más eficaz que la caridad oficial y cristiana?

Yo tengo un dibujo inédito que lleva por título las palabras de Cristo: *“Dejad que los niños se acerquen a mí”*. Una fila enorme de monjas de tocas blancas y de sayales negros, como palomicas injertas en cuervos, tienden las manos regordetas a unos pequeñuelos que van pasando bajo el arco ojival de los pubis grandes, mondos y lirondos, de un enorme esqueleto.